

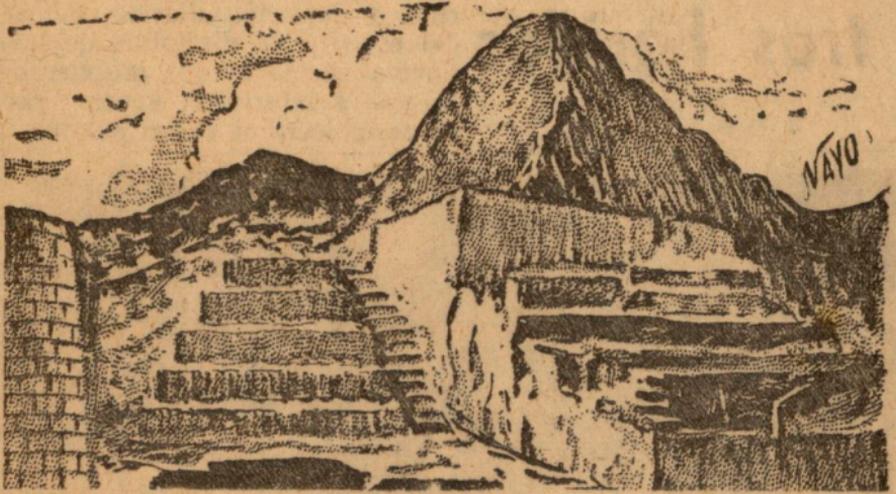
El laberinto y el hilo

Cuzco, desorden arquitectónico

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El corresponsal de "El Comercio" en el Cuzco ha hecho hincapié, en una nota reciente, en el grave atentado que para la unidad arquitectónica de la vieja Ciudad Imperial constituye el caos de estilos y diseños que impera en la edificación nueva. Este error de los cuzqueños que construyen en el núcleo tradicional de la hermosa ciudad ha sido señalado en diversas oportunidades y siempre, como es lógico, con el fin de cooperar con los habitantes y guardadores del tesoro artístico que es ella en la conservación de su inconfundible y originalísima personalidad urbana, trasunto de un espíritu, de una cultura, de un modo de ser. Ciertamente tales fallas —el corresponsal alude a las formas caprichosas, los materiales inadecuados, los colores desentonaos y la carencia general de planes— no son, en general, voluntarias. Por el contrario, a veces provienen de un afán, infortunadamente poco preciso, de poner el Cuzco actual a la altura de los tiempos que corren, el cual es, en principio, positivo. Sin embargo, quienes piensan en la necesidad de estar al día, no deben, si aman de veras su patrimonio regional, su carácter local, su alma, en suma, dejar de estar "a la historia", si cabe la expresión.

Ser "moderno" a ultranza es ser de nunca. Ciudades hay en nuestro continente que han surgido sobre los escombros de la villa tradicional, del pasado, y en la actualidad es imposible ver en ellas otra cosa que un monumento grande y vacío que parece ser melancólicamente provisional. ¡Dichosos los cuzqueños que poseen un hogar urbano que nada tiene que envidiar a Toledo, a Roma, a Praga, en lo que a señorío eterno se refiere! Pese a esto, de lo cual no todos los cuzqueños están convenci-



dos, en el Cuzco uno adivina que el malestar de vivir en un crisol de historia se expresa en determinados toques de falso progreso, como aquellos horribles semáforos que hace algún tiempo —¿subsisten hasta hoy?— eran un agravio a la pétrea grandeza de la capital de los Incas. Y como las extravagancias modernistas que denuncia el corresponsal aludido. Nadie quiere que el Cuzco se estanque, pero nadie desea tampoco que renuncie a su inmemorial belleza sin pareja.

El Plan Piloto que a raíz del terremoto de 1950 elaboraron los técnicos declaraba una zona de la ciudad intangible. En dicho sector no se podía, según el programa, edificar sino bajo ciertas condiciones. Intereses creados y celos absurdos enterraron aquel plan, que ahora, con motivo de la Semana de la Arquitectura, gentes sensatas y sensibles reactualizan. Si una decisión semejante se convirtiera en un clamor de todos los cuzqueños, el desorden arquitectónico sería detenido y la ciudad salvada de un cataclismo menos estruendoso pero más dañino que el sismo de hace diecinueve años.

Un país no es absolutamente tal mientras no se reconoce en la larga corriente temporal como el manantial breve de vida que fue en su origen, la caudalosa riada que constituyó en su adultez, el amplio y venturoso torrente que es en la edad madura y el impredecible mar de promesas que se desea para su porvenir. Y el Cuzco es para los peruanos, para los americanos, la fluencia incesante de una cultura que, pese a sus siglos, aun está comprometida con el futuro para realizar la dicha que toda empresa humana implica. No dejemos que nuestro paso por la historia quede manifestado por los rastros de nuestra frivolidad en esas fachadas pretenciosas, en esos bloques mudos, en esas imitaciones serviles. Sólo una conciencia de nuestra verdad nos proveerá de las normas a las que ceñir, sin vituperar los símbolos de ayer, nuestro empeño creador de hoy.